

XXXII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"  
- Antonio Segado del Olmo -  
2016

UN VECINO PELIGROSO  
ARMANDO RUIZ CHOCARRO

ACCÉSIT

El 15 de Julio de 2016,  
el jurado del Concurso de Cuentos  
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,  
compuesto por Andrés Trapiello, Ignacio Martín  
Lerma, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando  
Fernández Villa, José Cantabella Miras y José María  
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la trigésima  
segunda edición al cuento titulado Un vecino peligroso,  
de Armando Ruiz Chocarro.

**Armando Ruiz Chocarro**, nació en Cárcar,  
un pueblo de Navarra, en 1964, estudió Magisterio en  
Logroño y trabaja como Operario para el Gobierno  
de La Rioja.

Ha sido premiado en varios certámenes  
Literarios. Podemos destacar el Premio "Villa de  
Mondavía", el "Villa de Azagra", el "Bretón de los  
Herreros", al "Amado Alonso", el "Villa de Ansoáin", el  
"Villa de Gordexola", el Villa de Andosilla" y el "Villa de  
Cárcar". Por citar algunos otros premios reseñamos  
que ha sido Accésit en el "Gabriel Aresti" de Bilbao,  
"Santoña, la mar", Premio de la UNED, Cuentos Junto  
a la laguna, el "Miguel Artigas", "Todos somos  
diferentes", "Cuentos de Invierno, "Ciudad de  
Zaragoza", "Cartas de amor a Ermua" y otros tantos  
más.

Ha escrito siempre cuentos, aunque ahora  
acaba de terminar una novela que lleva por título  
"Guttman en el maldito País de la Tiña".

## UN VECINO PELIGROSO

*Nuestra casa huele a gas.*

*No viene de ahora, ya lleva años oliendo pero Rosie dice que no, que son imaginaciones mías. Bueno, yo me fío, si mi Rosie dice algo puedes estar seguro de que hay muchas posibilidades de que tenga razón.*

*Claro que hay veces que se empeña en cosas que me sacan de quicio. Y una de ellas está sucediendo ahora. Resulta que estábamos durmiendo y nos ha despertado un enorme estruendo como de un armario lleno de platos y vasos que se cae al suelo.*

*-Los vecinos-me susurra Rosie al oído-. Ya están discutiendo de nuevo.*

*Creo que sé lo que me viene encima, así que me hago el dormido.*

*-¡Rupert! ¡Rupert!, ¡despierta!. Los vecinos vuelven a pelearse -me dice sacudiéndome hasta que no tengo más remedio que hacer como que acabo de despertarme.*

*Vivimos en Richmond, Virginia, al final de una urbanización en la margen derecha del río James. Nuestros vecinos son los Davis; desde que llegaron hace un año no hacen más que crearnos problemas. Tienen dos niños, uno de siete años y otro de sólo unos meses, también tienen un bulldog que ladra las veinticuatro horas del día. El señor y la señora Davis están todo el día peleándose. El padre, Ray, tiene un rostro turbio, de delincuente. Rosie está segura de que es un ex convicto y que los tatuajes que lleva en los brazos se los hizo en la trena. Desde que llegó a Richmond trabaja en la serrería de Larsson y muchas noches viene borracho después de beberse varias jarras de cerveza en el Pato Azul. Entonces le veo mearse en nuestro seto apuntando con su herramienta hacia el interior del jardín . Luego entra en casa, enciende todas las luces y empieza a gritar de una manera horrible . Puede que sea un asesino o puede que no pero lo cierto es que se trata un tipo peligroso . Un día vi desde la ventana como discutía con un muchacho que había ido a cobrar un recibo y cómo acabó soltándole un par de puñetazos en vez de los dólares correspondientes.*

*La señora Davis se llama Debbie y trabaja de peluquera. Tiene una larga melena de color rojo y unas piernas interminables embutidas en pantys de colores chillones. Con el buen tiempo se pone en la parte trasera del patio a tomar el sol mientras fuma un cigarro tras otro y bebe latas de cerveza que cuando acaba tira a*

nuestro jardín. A veces, sin importarle que yo esté asomado a la ventana, se baja la parte de arriba del bikini. A Rosie le cae mal porque dice que no tiene la más mínima clase. Si ella lo dice tendrá sus motivos, pero a mí me parece que es de esas mujeres que miras y luego te quedas un buen rato pensando en ella.

-Tienes que pasar a su casa y hablar con ese energúmeno -me dice Rosie sacudiéndome la manga del pijama.

-Pero... -intento protestar.

-Maldita sea Rupert Mackey, tienes que pararle los pies y decirle las cosas claras. Si no pasas tú, lo haré yo. Le cantaré las cuarenta bien cantadas pero siempre te recordaré que te comportaste como un auténtico gallina.

-Estoy enfermo -digo.

-¡Lo que me faltaba por oír! Venga, mueve ese viejo culo y enfréntate de una vez por todas con el señor Davis.

Rosie no quiere que diga que estoy enfermo. Hace unos años estuve muy jodido, mucho, sí señor. Me dieron montones de sesiones de quimioterapia y radioterapia. Se me cayó el pelo y no paraba de vomitar y manchar por abajo los pantalones del pijama. Fue una época dura pero gracias a Dios todo pasó. He dicho que gracias a Dios pero a decir verdad se lo debo de agradecer sobre todo a Rosie. Ella decía que saldríamos de esa, que lograríamos vencer a la enfermedad. Y lo hicimos, vaya que sí lo hicimos.

-Está bien -digo de mala gana-, pasaré a casa de los vecinos.

Así que me pongo las zapatillas de andar por casa y el albornoz de cuadros y me dispongo a bajar a la calle. Ando muy despacio, confío en que los gritos cesen y Rosie diga "vuelve a la cama Rupert Mackey, ya no hace falta que vayas". Pero los gritos van a más haciendo retumbar el tabique; el hombre dice palabrotas, la mujer chilla como si la estuvieran descuartizando y el bulldog no para de lanzar sus interminables ladridos roncós. Para colmo han despertado al bebé porque empieza a llorar con tanta fuerza que me retumban los oídos.

La noche es asfixiante, no mueve ni una pizca de aire y la humedad te hace sudar de lo lindo; además hay una nube de mosquitos gigantes procedentes de las orillas del río James. Tengo un nudo en el estómago por los nervios. No sé qué haré cuando me presente en casa de los Davis. ¿Qué les diré? "Oigan, podrían dejar de

pelearse, son las tres de la mañana y mi mujer y yo no podemos dormir". Entonces me viene a la memoria que la semana pasada el señor Davis cogió a un chico que iba vendiendo enciclopedias por el barrio y le apuntó con su rifle de caza de doble cañón simplemente porque había tocado el timbre y le había chafado la siesta.

Se me pasa por la cabeza coger un cuchillo de cocina y ocultarlo debajo del albornoz por si la cosa se pone fea. ¿Y qué haré con él? ¿Clavárselo en el pecho si me pone los cañones de la escopeta en la boca? Decido que no es buena idea. Al fin y al cabo él es un asesino y yo un inofensivo jubilado por enfermedad.

Cruzo mi jardín, está lleno de latas de cerveza que lanzan los Davis y cubierto de maleza; ya ni me molesto en quitar las malas hierbas ni de podar los viejos rosales que plantó Rosie cuando nos casamos. Incluso hay roto un trozo de la valla que separa nuestro jardín del de los vecinos. Por allí se cuelga Jack, el hijo mayor de los Davis, luego entra a nuestra casa por la trampilla del sótano. Jack tiene siete años y un ojo de cada color: uno azul como un cielo de mayo y el otro verde como la esmeralda. La verdad es que es un chico estupendo que no se parece nada a sus padres. Dice que Rosie y yo somos sus únicos amigos.

-No Jack, está bien que nosotros seamos amigos pero debes jugar con los chicos de tu edad. Deberías apuntarte al equipo de béisbol o hacerte socio de los Boy Scouts del barrio.

-No me gusta el béisbol y los Boy Scouts me ponen enfermo. Dicen que soy un bicho raro-me contesta-. Se ríen de mí cuando les hablo de vosotros.

Eso nos duele a Rosie y a mí pero no se lo decimos.

Ya estoy frente a la puerta de los Davis. Me sudan las manos y el corazón me palpita tan fuerte que puedo oírlo con claridad. Maldita sea, debí coger el cuchillo. Aún recuerdo cuando vivían aquí los Murray: Evelyn y Gary Murray. ¡Qué tiempos! Los sábados cenábamos juntos y a Gary y a mí nos gustaba ver a los Giants de San Francisco por la tele mientras nos fumábamos un buen puro. Evelyn y Rosie se llevaban estupendamente, se pasaban pasteles de carne y se reían por lo bajo charlando de sus cosas sentadas en la mesa de la cocina con una copita de licor de moras. Pero un día, poco después de curarme de la enfermedad, fui a su casa y encontré a Evelyn llorando frente al fregadero. Lloraba tanto que pensé que acababa de recibir un telegrama con la muerte de algún familiar. Me acerqué a ella y recuerdo como se asustó. Pasé varios días a verla, me dijo que Gary estaba muy

enfadado por verme, tan enfadado que había dicho que si seguía hablando con Rose y conmigo se iban a mudar a otra ciudad. Pobre Evelyn, en los meses siguientes dejó que su pelo se blanqueara, hablaba sola acunándose en la hamaca que tenían en el porche y, en vez de un vasito de licor de moras, ahora se bebía media botella de wishky . Se marcharon una luminosa mañana de primavera, no vinieron a despedirse y nunca supe porque Gary dejó de llamarme para ver a los Giants en su televisor .

Después de los Murray compraron la casa los Rodgers, y luego los Hamilton y más tarde los Frerikson. Todos parecían buena gente. Cuando llegaban el primer día, Rosie les pasaba un pavo asado. No duraron mucho, unos debieron largarse por la humedad y otros por las nubes de mosquitos gigantes que venían provenientes del río James; el caso es que todos se marcharon a los pocos meses. Y entonces llegaron los Davis, y la paz se acabó.

.....

Estoy a punto de tocar el timbre de la casa de Ray, dudo un instante porque las piernas me tiemblan de miedo . Miro hacia mi casa y veo a Rosie detrás del cristal de la ventana esperando a que entre. Le hago un gesto con la mano indicándole que no se impaciente, que estoy en ello.

-Ray, Ray-digo con voz temblorosa- . Soy el vecino, el señor Mackey.

Nadie me contesta. Bueno sí, el perro ladra rabioso detrás de la puerta esperando que entre para hacer picadillo mi cuello. Vuelvo a mirar a la ventana haciéndole gestos a Rosie de que nadie contesta y que me voy a volver a casa. Pero ella se cruza de brazos con el ceño fruncido. Eso quiere decir que vuelva a intentarlo.

-¡Señor Davis, Señor Davis!

Giro la manivela de la puerta esperando que esté cerrada con llave, pero no lo está. La abro y sale el perro disparado hacia el jardín sin reparar en mí. Entro en la casa sin dejar de llamar "Señor Davis, soy Rupert Mackey, su vecino". De arriba llegan los gritos de la mujer, es posible que la esté matando. Ahora estoy en el cuarto de estar. Todo está a oscuras. Entonces distingo una figura en las escaleras, es Jack. Está en pijama, descalzo y se le nota que ha estado llorando. También tiene a su hermanito Toby en brazos, lo acuna con delicadeza.

-Hola señor Mackey .

-Hola Jaclc.¿Qué pasa que no estás durmiendo? Mañana es día de escuela y tienes que madrugar.

Lo que acabo de decir es una tontería . Su padre está borracho pegando a su madre y yo pretendo que el niño esté en esos momentos soñando con los angelitos.

-Me ha costado dormir a Toby -dice-. Creo que tiene fiebre.

De pronto los gritos cesan allá arriba. Hay un paréntesis . Los insultos y los tortazos son sustituidos por besos y arrumacos. Al poco rato oigo como los muelles de la cama empiezan a chirriar cada vez más deprisa.

-Ahora están rezando -dice Jack-. Mamá me cuenta que después de reñir papá y ella rezan. Lo hacen para pedir a Dios nuestro señor que no vuelvan a portarse mal.

Miro al chico con ternura. Él se frota las lágrimas con la manga del pijama.

-Pero Dios no les escucha porque siempre vuelven a discutir.

Los muelles ya no chirrían.

-Pásate por casa mañana -le digo a Jack-. Rosie va a preparar un bollo de fresa, ya sabes que es su especialidad .

Todo está en silencio. En fin, ya me puedo volver a casa. Le diré a Rosie que le he cantado las cuarenta a Ray Davis. "En cuanto le he amenazado con partirle su cara de rata apestosa se ha puesto de rodillas y me ha suplicado que le perdonara ".

Me despido de Jack. Su hermanito duerme pero se le nota alterado, inquieto. Tiene las mejillas sonrosadas por la fiebre y respira algo más deprisa de lo normal. En esos momentos oigo unos pasos apresurados por las habitaciones de arriba, y luego voces; es la señora Davis que busca al niño.

-¿Dónde coño está ese crío?

-Estoy aquí mamá . Con el señor Mackey.

Debbie Davis aparece por la parte superior de la escalera. Tiene un cigarrillo en los labios y el pelo revuelto. También lleva el camisón tan abierto que tengo que mirar hacia otro lado para no verle los melones.

-Jack, cariño ¿con quién has dicho que estás?

-Con el señor Mackey -repite el chico.

Ella se queda parada en el último escalón, el cigarrillo se le cae de los labios. Es una situación incómoda.

*-Verá señora Davis -trato de aclarar-, sé que no son horas de entrar en casas ajenas, pero hemos oído ruidos y mi mujer y yo hemos pensado que...*

*No me deja continuar porque grita. Lo hace como una histérica. Rosie tenía razón, es una mujer con poca clase. Al oír los gritos aparece Ray, está desnudo.*

*-¡Qué cojones pasa aquí!*

*Entonces me ve. Yo no sé qué decir, además no me atrevo a mirar la herramienta que cuelga debajo de su barriga. Ray se pone nervioso, desaparece corriendo a trompicones y vuelve con algo entre las manos.*

*-¡Fuera de mi casa! -me grita enseñándome lo que ha traído-¡Fuera de aquí!*

*En estos momentos ya no tengo miedo. Lo único que me viene a la cabeza es las risas que se echará Rosie cuando le diga que Ray Davis no me ha amenazado con su escopeta de caza de dos cañones. Lo ha hecho con un crucifijo.*

*Al día siguiente veo llegar a un camión de mudanzas. Jack viene a despedirse de Rosie y de mí. Dice que sus padres están terriblemente alterados y han decidido marcharse. Rosie le ha preguntado por cómo se encontraba Toby y nos ha dicho que ya no tiene fiebre. Eso nos alegra.*

*-Te echaremos de menos -le digo a Jack.*

*Entonces el muchacho se pone a llorar. Dice que le da mucha pena tener que irse y que nosotros somos sus mejores amigos, los únicos que le entienden. Rosie ha tenido que consolarle pasándole la mano por los cabellos y dándole pequeños besitos en el cogote. Es muy buena con eso. Luego ha entrado en la cocina y ha vuelto con un bollo recién hecho relleno de fresa.*

*-Sabemos que es tu postre favorito.*

*Jack sonríe sin dejar de llorar. Es un chico estupendo, eso ya lo dije antes. Veo como lo mira Rosie y algo se me derrite dentro de mí. Sé que ese muchacho es el hijo que a Rosie le hubiese gustado tener y que nunca pudimos por culpa de mi enfermedad.*

*A mediodía oímos que alguien toca insistentemente un claxon desde la calle.*

*-Es papá-dice Jack-. Tengo que irme.*



Lo vemos marcharse cruzando el trozo roto de nuestra valla. Le esperan sus padres con el coche cargado hasta arriba y el camión de mudanzas aguardando para arrancar. La señora Davis lleva el pelo recogido y fuma nerviosa, noto que está impaciente por marcharse. Ha bebido una lata de cerveza y por primera vez la ha tirado a la papelera. Ray es el último en montarse en el coche, antes de hacerlo mira hacia la ventana donde estamos Rosie y yo. Ya no parece un tipo peligroso, al contrario, se diría que está asustado.

Rosie me rodea con sus brazos y me dice.

-Vaya, vaya con mi maridito. Así que le cantaste las cuarenta a ese tipejo.

Y le cuento otra vez como en mis fantasías esquivé el puño que me había lanzado Ray y revolviéndome como un rayo le asesté un puñetazo en pleno lumbar que le hizo desplomarse al suelo igual que un árbol cae después de meterle en la base del tronco una motosierra.

.....

Ha pasado el tiempo. El jardín de los Davis está tan lleno de malas hierbas como el nuestro. Su casa parece abandonada, los cristales de las ventanas están rotos y el buzón que hay junto a la carretera tiene la boca abierta y cuando sopla el viento del Atlántico se mueve con un chirrido que eriza los cabellos.

Yo estoy asomado a la ventana tomando el aire. Precisamente en estos instantes veo a dos hombres entrar en la casa de los Davis. Uno es Frank Lansky, el de la inmobiliaria, lleva tiempo intentado vender esa casa pero no lo consigue. Hoy se la está enseñando a un joven de pelo largo y perilla. Hablan, extienden unos papeles en una mesa y luego apuntan con el dedo en nuestra dirección.

Parece que se acercan hacia aquí. Abren la puerta de nuestro jardín y entran. Frank va apartando con el pie las latas de cerveza vacías que hay por el pequeño sendero de piedras.

-¡Eh, oigan! -<digo desde la ventana-. No pueden entrar aquí así como así, esto es propiedad privada.

Pero no me escuchan. Llegan a nuestra puerta y se cuelan dentro como Pedro por su casa. Maldita sea, eso no le va a gustar nada a Rosie. Bajo los escalones de dos en dos antes de que entren en la cocina donde Rosie está haciendo un bollo en el horno.

Los dos hombres se detienen en el hall. Bueno, yo creo que se han pasado de la raya, así que les voy a echar un buen rapapolvo. Me aclaro la garganta y justo cuando voy a cantarles las cuarenta, Frank dice:

-No le voy a engañar, joven. Si no se lo cuento yo seguro que alguien lo hará. Fue hace treinta años más o menos. Aquí vivía un matrimonio, los Mackey, el señor Mackey cayó enfermo, cáncer. Le dieron quimioterapia pero el cáncer no remitía y los dolores eran insoportables. Una noche, para evitar que siguiera sufriendo, su mujer dejó abierto el gas y luego se metió en la cama con su marido. A la mañana siguiente los dos aparecieron muertos.

-Un suicidio por amor-comenta el joven de la perilla.

- ¡Ajá! Pero lo mejor viene ahora. Los vecinos que han ocupado la casa por la que usted se ha interesado aseguran que han visto el espíritu de los Mackay rondar por aquí. Habladurías. Con el tiempo todos acaban por irse. Tenía que decírselo, ya ve que soy sincero, pero le aseguro que eso no son más que patrañas, yo nunca he visto ...

Lo he escuchado todo. ¡Joder! Pobre Rosie. Me conmueve lo que hizo, quitarse la vida por un escuchimiriado como yo. Me dan ganas de echarme a llorar. Entonces oigo al pesado de Frank soltando el maldito rollo de vendedor, bla, bla y requeteblá. Salgo al hall, no pretendo asustarlos, sólo me gustaría decirles que no son horas de visitar casas cuando hay gente dentro.

-Ejem ... -carraspeo interrumpiendo el discurso de Frank- si me permiten ustedes ...

Frank Lansky me ve y abre los ojos como platos, parece un besugo mirando desde una pecera. Se da la vuelta y sale corriendo enredándose en la maraña de rosales sin podar y cayendo sobre la pila de latas de cerveza.

El joven de la perilla no huye, se queda allí parado. Mirándome sin miedo, como se mira a los amigos, se diría que me conoce. De pronto me fijo en sus ojos, tiene uno de cada color: uno azul como el cielo de mayo y el otro verde como la esmeralda. Sonríe, él sonríe. Ha crecido pero sigue siendo un bicho raro.

En ese momento sale Rosie de la cocina. Lleva un bollo recién sacado del horno relleno de fresa.

-Rosie, querida-digo -¡No te lo vas a creer! El pequeño Jack Davis ha venido a visitarnos.

*Y entonces, solo entonces, me doy cuenta de que nuestra casa ya no huele a gas.*

